

La Maravillosa Aventura de las Colonizaciones

Por HERNANDO GAITAN L.

I — LA MARCHA DE MONGOLIA

En un principio los mongoles (mogoles) vivieron al borde del gran hielo, aislados de las regiones del sur, cálidas de sol. Luego, comenzaron a moverse por entre el calidoscopio de las altas praderas donde llueve poco; se albergaron en tiendas de fieltro y por mucho tiempo fueron los moradores de las estepas. Su impulso ambulatorio, siempre en busca de pastos, los llevaría un día hacia el oeste, con la fuerza constante, inconsciente, de un alud humano. Este pueblo, de arqueros (tártaros) a caballo, que hizo irrupción en las grandes llanuras, y que alcanzó los centros poblados, arrasando a su paso todo vestigio de vida humana, habría de cambiar el curso del desarrollo normal asiático y la hegemonía de Europa sobre los demás pueblos, por varios siglos. Las regiones por donde pasaba se convertían al principio en un yermo y los habitantes que no morían eran incorporados al pueblo errante, cuyo instinto más fuerte que la razón lo impulsaba siempre a la búsqueda de tierras forrajeras, única alternativa en el turbión de la vida trashumante.

Una vez que reemprendía su marcha esta masa de caballos y carros, para recomenzar su vida ambulatoria, la paz mongólica se extendía sobre las tierras desiertas, la existencia humana reanudaba su curso y nuevamente el progreso, bajo la protección de la horda, hacía olvidar la terrible experiencia.

“Bestias de dos patas”, no pudo menos de comentar Ammio Marcelo en el siglo IV de nuestra era, cuando se precipitó sobre Europa la gran oleada de los Hunos. Y más adelante debió agregar, cuando ya se derivaron las primeras experiencias de su paso por algunas regiones del Imperio Romano: “Son hombres

pequeños a pie, pero sobre la silla parecen gigantes". Otro comentarista de la época consignó: "Estos bárbaros se parecen todos entre sí, pero no se parecen a ninguna otra gente". Algunos recordaron entonces que San Gerónimo había profetizado, que "en el día del Anticristo una raza sucia y corrompida, que no usaba vino ni sal ni trigo, saldría de la tierra de Gog y Magog, trayendo consigo el desastre". Los cronistas chinos, que los vieron en acción frente a las ciudades amuralladas de su Imperio, los definieron como "los rancios y los diablos".

Pese a estas apreciaciones y al horror que despertaba su sola evocación, algunos historiadores, transcurrido ya mucho tiempo, no han vacilado en calificarlos como "bárbaros geniales", una vez que las fuentes históricas hicieron luz sobre los acontecimientos de aquel período, cuando la crónica era patrimonio casi exclusivo de monjes y obispos. El mismo Papado de entonces inició las gestiones conducentes a una alianza con los jinetes de la Alta Asia, para combatir al enemigo más peligroso de la iglesia, encarnado en la Media Luna Mahometana. A ello contribuyeron decisivamente los relatos de los misioneros cristianos, que se hospedaron por algún tiempo al abrigo de las tiendas de fieltro de los mongoles y que en sus diálogos con los Khanes, descubrieron que estos hombrecillos amarillos admitían la existencia de todas las religiones, siempre que no pugnaran con sus intereses políticos.

Seguros de su potencia destructora y de su habilidad para sortear los obstáculos de una vida siempre incierta, en su diario juego de la muerte, su instinto vital los hizo prepararse cuidadosamente para subsistir, mientras otros pueblos desaparecían o debían refugiarse en las regiones de los pantanos helados o en las zonas áridas de arcilla calcinada y de arena barrida por los vientos. Desde sus primeros desplazamientos, cuando comenzaron a descender de las Mesetas del Asia Central, se convirtieron en hábiles cazadores. Descubrieron entonces el mejor arco, corto y de doble curva, para usarlo desde el caballo. Idearon un corto lazo al extremo de un báculo. Confeccionaron una silla de cuero para mayor comodidad en el caballo e inventaron los estribos para descansar las piernas, mientras que en el resto del mundo los jinetes cabalgaban a pelos. Curtidos por las vicisitudes diarias y la eterna incertidumbre del mañana, adquirieron poco a poco un nuevo concepto de la vida, a expensas de los pueblos civilizados.

Comenzaron por capturar las caravanas de mercancías que transitaban por los caminos entre las ciudades. Atacaron luego las zonas prósperas allende las estepas y disfrutaron de un lujo jamás soñado, mediante fulgurantes ataques, que más tarde habrían de llevarlos muy lejos, hasta la conquista del Asia y de una vasta zona europea. Estos depredadores de la estepa comprendieron mucho antes de la era cristiana, que el caballo, que hasta entonces sólo había servido para el transporte, podría ser el medio más útil para maniobrar en la guerra. Desde el lomo del noble bruto, sus arcos resultaron armas mortíferas que hicieron cambiar el curso de la historia militar. Los guerreros a caballo habrían de quebrar la fuerza arrolladora de la Falange Macedónica y detener la expansión de las recias legiones Romanas. Esta nueva fuerza combatiente en la guerra cubría más distancias que los infantes y podía destruirlos con sus flechas a más de cien pasos. Serían necesarios diez y siete siglos para que la flecha entrara en desuso con fines militares.

Los despojos de la violencia les enseñaron que el oro y la plata no sólo constituían un valor ornamental, sino que con ellos adquirirían las sedas, joyas, piedras preciosas y perfumes para deleite de sus mujeres, ávidas de gozar de los refinamientos que procuraban a las suyas, los hombres que habitaban tras las ciudades amuralladas.

En este bullente mundo oriental otros pueblos se preparaban para saltar a la arena de la historia. Los turcos, errantes caballeros, formidables en la guerra, se hallaban en plena marcha, mil años después que los Hunos emprendieran su avance hacia el oeste. Ya para entonces había menos nieve en las montañas y los lagos eran más salados. Los chinos, cultos y refinados, habían pasado ya por varias civilizaciones y recibido el impacto de las hordas de jinetes que rebasaron la Gran Muralla. Catayanos, tungueses, sians y muchos otros salteadores de la pradera, asestaron el golpe final a la dinastía Sung, en su ancianidad de decadencia. Pero la paciencia y la sabiduría de los chinos terminaría siempre por absorber a estos incómodos visitantes. Transcurrido algún tiempo, nadie se acordaba de los invasores, engullidos por las dos grandes dimensiones de la historia, el espacio y el tiempo. Los cronistas chinos iban hilvanando los hechos con su característica parsimonia. Uno de ellos, el poeta Li T'ai, consignó, hablando de los turcos a quienes llamaba hombres de la frontera: "Este hombre no abre un libro

en su vida, pero sabe cazar. Jamás estira su arco sin matar. Sus silvantes flechas hacen caer los pájaros del cielo. Cuando galopa a la llanura lleva su halcón consigo. El desierto conoce su coraje". Otro poeta, Omar Kayyam, al contemplar el esplendor de los Califas de Bagdad, incorporó a su libro: "Sultán tras Sultán vivió su hora destinada y siguió su camino". Con el tiempo ya no fueron los sencillos jinetes que había admirado Li-T'ai, aun cuando algunos cronistas afirman que en el fondo seguían siéndolo. Estos señores de la guerra, gentiles y despreocupados, se casaban con las hijas de los Califas, paseaban con sus caballos por magníficos patios, donde leones de plata rugían cuando soplabla el viento. Los poetas árabes los admiraban, desde su alta intelectualidad, pero bien sabían que a estos maravillosos condottieri sólo les interesaba la comodidad física, las nuevas aventuras y el galopar por las llanuras, hasta cuando hallaron, por virtud de los árabes, la voluptuosa quietud de los serrallos.

Cuando los Hunos se desparramaron por la India, en su sistemática empresa de conquista, los indios se dirigieron al este, y con su concurso nuevos reinos prosperaron: Sumatra, Borneo, Bali, entre otros. El avance mongol también empujó a los chinos del norte hacia las regiones del sur, donde su constancia y su infatigable espíritu constructor supieron sacar partido, de las tierras abandonadas. Allí, federados con sus compatriotas sureños, terminaron por fundar la dinastía de los Han. Muy diferentes a otros pueblos, los Hunos, antepasados directos de los mongoles, no realizaban colonización sino poblamiento. Sin embargo, cuando en su acción depredadora empujaban a otros pueblos, éstos, generalmente de vida sedentaria, colonizaban y aculturaban a otros pueblos de contextura inferior.

Pero en el cambiante mundo oriental se producían inesperados contrataques que hacían cambiar el curso de los acontecimientos. Los Gupta, cuyo arte marcó el apogeo de la cultura india, en un último esfuerzo, antes de que se hundiera su imperio, expulsaron a los Hunos de su territorio y éstos se dirigieron entonces hacia el occidente.

Pero mientras tanto, "en Arabia un hombre escucha y repite las palabras de Dios". De Mahoma y el Corán procederá una de las más extraordinarias empresas coloniales de la historia. Arabia, bajo el influjo de la nueva fe, se esparce literal-

mente en todas direcciones. Los jinetes del Profeta emprenden su marcha conquistadora y nada escapa a este torrente poderoso, salvo la China que los contiene y que por ese hecho rotundo, ya no sería musulmana. Estos árabes, salidos del desierto, no creerán propiamente una civilización en sus comienzos de expansión territorial, pero serán los transportadores incansables de la cultura oriental, helenizada por Alejandro. En asocio de los turcos, que se hacen musulmanes, jugarán un papel trascendental en la historia por varios siglos, y en su avance alcanzarán a llegar a Francia, Italia y España. En esta última, en pleno siglo XX, está presente el testimonio de su capacidad colonizadora y de su imponderable talento artístico, científico y de divulgación cultural. Este mismo testimonio se hizo presente en las más bellas ciudades del Asia, cuando alcanzaron el apogeo de una civilización de grandeza incuestionable.

Pero volvamos a las hordas mongólicas, que es el objeto de nuestro recorrido histórico. Estos jinetes, que sobre sus caballos eran gigantes, según comentábamos anteriormente, y cuyos antepasados hicieron temblar al Imperio Romano y acabado con muchas dinastías asiáticas, continuaban su vida nómada instalados en las vastas zonas que se extienden entre el Desierto del Gobi y los bosques siberianos. Como los Hunos, allá en el hondo pasado, no conocen tampoco la vida sedentaria ni barruntan tampoco la escritura. Pero los asesoran sabios chinos, tibetanos y musulmanes, que terminarán por imponerles su religión, más acorde con su férrea personalidad, y desprovista de toda clase de prejuicios. Su placer es galopar sobre sus hirsutos caballos, beber leche de yegua fermentada y destruir los imperios que encuentran a su paso. Sólo les hace falta para emprender la conquista del mundo, un jefe en la guerra y en la paz. Este caudillo les llegó por fin a través de un hombre llamado Tmudjin, el herrero, bárbaro igual que sus súbditos, despiadado y prudente al mismo tiempo y dotado de una genialidad, que habrían de reconocer los cronistas e historiadores a partir de entonces. El será el encargado de poner orden en los clanes. Metódica y cruelmente acaba con toda resistencia y termina por convertirse en el Kan Universal, en Gengis Kan.

Esta época parece inspirada y se alimenta de prodigios. Brotan los conductores y las multitudes deslumbradas siguen a sus profetas en pos de la gran aventura. Fe y pasión se confunden en la búsqueda de los acontecimientos. Casi todas las

zonas pobladas entran en contacto y se acentúa la prolongada mestización que habrá de dar sus frutos con la consolidación de naciones y estados que pondrán si no término, al menos algún reposo a las violentas sacudidas de un mundo en ebullición.

Los turcos que ya estaban casi al final de la jornada, asentaron sus reales bajo el mando de jefes dominantes. A donde quiera que ellos llegaban, dominaban. Se instalaron en los palacios de Bagdad, en las grandes ciudades del norte de la India, en los frescos y aromados huertos de Persia y en todos los lugares que juzgaban dignos de su temperamento aristocrático y donde pudieran vivir como auténticos señores feudales. Alojaban a sus caballos en salones reales y paseaban montados por lugares donde antes sólo discurrían los príncipes con sus alegres comitivas.

Los árabes también habían ya realizado su gran expansión y entraron a gozar de los privilegios del triunfo y a disfrutar de los despojos de los vencidos. Su alianza político-religiosa con los turcos les permitió fusionarse con aquella raza fuerte, casi siempre bajo los mandos de aquellos, aun cuando en la realidad ellos fueron siempre los administradores y los directores intelectuales. Pero con su espíritu bélico y sus disenciones religiosas terminarían por quebrar su brillante perspectiva.

Mayor vitalidad revestiría la gran aventura mongólica. Organizadores natos pero inveterados guerreros, supieron desde un principio rodearse de hábiles administradores y consultores. Yeliu-Tschutsai, para no mencionar otros, uno de los mejores hombres de estado, quizás el más importante de todos los tiempos, fue el organizador del gigantesco imperio. Este chitano, de la familia de los Liao, que habían servido durante más de cien años a la dinastía de los Chin, como altos funcionarios, también tenía algo de raza mongólica, lo que explica que fuera capaz de comprender instintivamente la mentalidad de este pueblo extraño, sin dejar de sentirse enteramente chino. Este gran Yeliu-Tschutsai, canciller sin rival, que había crecido entre las tradiciones milenarias chinas, comprendía seguramente en su fuero interno, que la dominación de los nómadas sobre los pueblos cultos sería insostenible una vez que Gengis Kan desapareciera de la escena. Culto y refinado, sabio en la ciencia del estado y en las matemáticas, adepto de Confucio, aficionado a las bellas artes, sólo aceptaba como botín de la victoria libros antiguos, instrumentos de música y medicinas raras.

Su genio organizador y su profundo conocimiento de los pueblos y de los hombres se aprecia, con sólo enumerar algunos de los aspectos de su obra de gobierno, después que los mongoles conquistaron el Imperio Chino: separación de la administración civil de la militar; exámenes públicos, presididos por sabios chinos, en todas las provincias conquistadas, para elegir funcionarios aptos; libertad para 4.000 sabios chinos cautivos de los mongoles, que pasaron a convertirse en jueces y administradores de las provincias; institución de una jerarquía exacta para los oficiales y funcionarios administrativos, con limitación de poderes, para prevenir la arbitrariedad y los abusos de autoridad; juzgamiento por medio de tribunales legales de los crímenes o faltas cometidas; organización de un Tribunal Supremo; funcionamiento de escuelas donde los niños mongoles aprendían, según la manera china, geografía, historia, matemáticas, astronomía y otras ciencias; adopción en todo el territorio conquistado, de pesas y medidas fijas; impuestos regulares y bastante módicos que debían cubrirse en dinero, tejidos y cereales en lugares urbanos, y en ganado por los nómadas; circulación de papel moneda, sólido y seguro, para negociar hasta con las regiones más apartadas del imperio; medidas de seguridad para garantizar el tránsito libre de hombres y caravanas, y reglamentos especiales, para facilitar el intercambio de bienes y productos.

Concluida con éxito la conquista del Asia, los mongoles, en cumplimiento de las órdenes que expidió Gengis Kan antes de su muerte, para el dominio del resto del mundo, volvieron sus ojos hacia Europa. En campañas fulgurantes, mediante movimientos envolventes, sus túmenes de mongoles puros, apoyados por cuerpos de ejércitos auxiliares de otras nacionalidades, bajo el mando de dos de sus más hábiles comandantes, Subunday-Bagatur (Subotai) y Dzhebe-Noion, aplastaron a los mejores ejércitos comandados por generales que hasta entonces no habían conocido la derrota. Todos ellos fueron vencidos por la genial estrategia mongólica, concebida por Subunday-Bagatur, que venció en más de treinta batallas y que nunca conoció la adversidad de un revés militar. Envejecido en los campos de batalla, pasó sus últimos años, cuando ya no hubo adversarios que vencer, recojido en su tienda de fieltro, viendo pasar a los embajadores y enviados especiales de los grandes reyes que iban a rendir homenaje al Gran Kan de turno, en el peligroso albur de la política inconstante de los nómadas.

Cual furioso vendaval, los ejércitos mongoles combatieron y destruyeron las huestes de los príncipes de Rusia; los veteranos y aguerridos soldados de Hungría, Polonia, Lituania, Bohemia, Bulgaria y los jinetes acorazados alemanes que habían guerreado con los turcos en la Tierra Santa. Sobre todas estas regiones se cebó la desgracia y la desolación. Por mucho tiempo las osamentas de los reyes, príncipes y vasallos blanquearían las regiones devastadas y el gran silencio de la resignación se extendería por campos, aldeas y ciudades, otrora orgullo de los pueblos occidentales. Pero fue en Rusia donde el joven Kan Batú sentó sus reales y forjó un mundo extraño y maravilloso, con una capital espléndida, llena de palacios, mezquitas y baños, una ciudad de mármol y de pórfido, a donde las caravanas llevaban todo lo que la China y el Asia Anterior podían ofrecer. Y comenzando con este joven príncipe, nieto de Gengis Kan, los Kanes de la Horda Dorada, amantes y protectores de las artes y las ciencias, como casi todos los soberanos mongoles, una vez que alcanzaban el triunfo, lograron convertirse en su capital, la Nueva Sarai, en uno de los centros más importantes de la cultura islámica y en uno de los lugares más gratos para disfrutar de las comodidades y alegrías de la vida. Allí se juntaron los productos de las dos civilizaciones, sobre las aguas del Volga. Comerciantes italianos a quienes el Kan había concedido varios puertos de Crimea, donde residían sus cónsules, hacían afluir las mercancías y objetos materiales de occidente, mientras que por los caminos de Novgorod y Nijninovorod penetraban las mercancías y los productos de las ciudades hanseáticas. De tal modo, los mongoles que nunca olvidaban las costumbres de su pueblo y procuraban ser siempre lo que habían sido sus antepasados, gustaban de todas las civilizaciones y gozaban de todos sus productos.

Así fue como Rusia pasaría más tarde a la historia moderna con un concepto eurasiático, que pese a su industrialización y asimilación de técnicas y conocimientos científicos, no lograrían quebrantar ni los halagos ni los éxitos de la cultura occidental. En aquel trágico entonces, los rusos comprendiendo que ninguna ayuda podrían esperar de los europeos, y que los Kanes de Oriente exigían que los príncipes vasallos les rindieran homenaje, aceptaron sin vacilar una política de completa sumisión ante el más fuerte. Renunciaron, por tanto, a toda relación con occidente y empeñaron su destino con el

fastuoso oriente. Esta decisión daría a Rusia, durante siglos, una dirección política que moldeó, ya para siempre, ese doble contenido que rige los actos de su vida.

Al principio fueron el Gran Ducado de Vladimir y el Trono del Gran Duque los que recibieron el privilegio de constituirse en algo así como Gobernador General de los "Ulus Rusos" de la Horda Dorada. Pero pronto se transfirió a Moscú, cuyos príncipes unieron, con la complacencia mongólica, la tierra rusa, que pasaría a erigirse una vez derrotados los Kanes, en heredero único de la Horda de Oro.

Pero los derrotados mongoles, cuando se inició la Gran Marcha de Moscovia hacia el Este, no desaparecieron de la escena sino que aceptaron su nuevo destino y acostumbrados a obedecer a sus kanes, iniciaron una nueva vida bajo los Zares de la Santa Rusia. Con el tiempo, sus descendientes engrosarían los escuadrones de caballería al lado de los Cosacos y serían las milicias de choque en el avance hacia el este. Luego, cuando los soviets ascendieron al poder, ellos descendieron de sus caballos y se vincularon a la reconstrucción del país, convirtiéndose muchos en obreros stajanovistas de las forjas soviéticas del Don y del Volga. Al desatarse la Segunda Guerra Mundial, el Mariscal Budienny, el Murat soviético, al retroceder hacia el Don abrumado por el avance incontenible de las "Panzerdivisión" alemanas, dejó a retaguardia los escuadrones de caballería cosaca y grandes agrupaciones de pequeños carros blindados que los alemanes denominaban "Anzerpferde" (Caballería Ligera). Eran máquinas pequeñas y agilísimas, pilotadas por los jóvenes obreros tártaros stajanovistas. Su táctica era idéntica a la de la caballería mongólica de antaño: aparecían súbitamente en los flancos para molestar la marcha de los grandes tanques; desaparecían imprevistamente entre la maleza, aprovechando las sinuosidades del terreno, para retornar de improviso, describiendo largas espirales en los prados, en las llanuras y en los campos de rastrojos. Era la táctica de la caballería ligera, de la que el propio general Murat habría estado orgulloso, pues evoluciona en la planicie con igual agilidad que los caballos.

Desde el Océano Artico hasta el Afganistán, más de 2.700 millas en dirección al Sur, y desde Polonia hasta el Mar del Japón, casi 6.000 millas hacia el este, ondea la bandera sovié-

tica, a través de los ríos, mares, lagos, llanuras, estepas, montañas, mesetas, desiertos, taigas y tundras que engendran virtualmente todas las especies de climas, vegetación y vida animal. Dentro de este inmenso conjunto hallamos a los tártaros de Crimea y de Kasán, los bashkires y chuvashes de la Cuenca del Volga, los usbecos y turcomanos, los kasaks, los kirguises y otros pueblos de la distante Siberia, de tez oscura y ojos oblicuos, descendientes mezclados de los guerreros mongólicos y turcos que fueron conducidos hacia vastas empresas de conquista, durante los siglos XIII y XIV por Gengis Kan y sus sucesores.

II — EL GRAN VIAJE DE LOS RUSOS HACIA EL ESTE

Cuando Yuri Dolgoruky erigió en 1155 un fortín rodeado de larga empalizada, sobre una altura cubierta de pinos que dominaba un río de corriente tumultuosa y veloz, que por esa causa habrían de llamarlo más tarde Moscova o aguas turbulentas, quizás sólo aspiró a que este fortín sirviera como lugar de descanso a las gentes que bajaban por esta corriente de agua hacia la muy noble ciudad de Kiev. Luego, un poco más tarde, creyó oportuno añadirle a la construcción un depósito con fines de almacén, a cuyo alrededor las gentes esparcieron cabañas entre los árboles, seguidas a continuación por una pequeña iglesia ubicada cerca a un sitio que pasaría a denominarse, cuando ya no existía Yuri Dolgoruky, la Puerta de los Pinos. Y así este conjunto, de tan humilde apariencia, en la lengua de los rusos recibió el nombre de Kremyl o Kremlin, el fuerte.

El tiempo, que entonces parecía correr muy lento, presencié la llegada de nuevos agregados. Se alzaron otras iglesias y un cementerio y así comenzó a crecer sobre las cien yardas de aquella eminencia natural, un comienzo de establecimiento que algún día alcanzaría el rango de ciudad, pequeña y carente de importancia en un principio, pero que tenía la virtud de unir el norte con el sur por un camino de tierra y el este con el oeste por una vía fluvial. Esta última, se helaba con la llegada del frío invierno ruso; desaparecían las barcas y las ruedas de los carros se substituían por patines, sobre los que se deslizaban acémilas y trineos en la gran pista de hielo.

En el pequeño calvero se negociaban las pieles de zorros, ardillas, castores y nutrias de los bosques vecinos y las martas y las immaculadas pieles blancas y negras del helado norte. Se hacía agricultura con arados puntiagudos de ramas de árboles y se trocaban sus productos por piezas de lienzo, herrajes, lingotes de plata o pipas de vino, procedentes de lugares lejanos.

Auncuando la "Antigua Crónica" no concreta precisamente el origen de todos estos hombres que se movían incesantemente en la gran llanura central de Eurasia, sin barreras naturales, que se extendía desde las onduladas colinas de los Urales hasta las estepas de oriente, donde los jinetes nómadas surgían y desaparecían en oleadas, deja entrever y así lo han aceptado casi todos los historiadores, que la comarca que rodeaba a Moscú fue finesa en sus orígenes. Sin embargo, los nombres antiguos son con todo, tanto fineses como eslavos. Por algún tiempo los primeros constituyeron una mayoría, pero los eslavos continuaron llegando de los espesos bosques del extremo nordeste. Los dos pueblos, que no eran belicosos, terminaron por fundirse e iniciaron una nueva etapa histórica.

La Crónica, al referirse a los eslavos, dice que su cuna ancestral se hallaba muy cerca de los pantanos del Pripet, más propiamente en la invisible línea que dividía Europa de Eurasia; que allí, por razones desconocidas, se abrieron en tres grupos: el primero, los eslavos occidentales, se encaminó hacia el Vístula; el segundo, los del centro, avanzó hacia el sur, cruzando la barrera de los Cárpatos, y el tercero, la rama oriental, se abrió paso hacia el este, a través del Dnieper, hasta las fuentes del Don, donde se mezcló con los pueblos indígenas.

Conforme a esta fuente, otro pueblo, el de los Rus, a quien los bizantinos denominaron Rhos, que procedía de Escandinavia y que era de suecos en su mayoría, dominó a los eslavos y se fundió con ellos. Algunos escritores eslavos afirman que eran varegos, "de más allá del mar de los varegos, de la costa sueca".

Es significativo, que mucho tiempo después, en los tres grupos eslavos, cuando ya comenzaron a diferenciarse por la lengua y por las costumbres, persistía el recuerdo de su origen común de los tres hermanos Checo, Liakh (polaco) y Rus.

También dicen los escritores eslavos, citados por varios historiadores, que sus viejos cronistas consignaron que los Rus,

que eran numéricamente pocos, encontraron el camino hacia el lago Ladoga y dejando atrás a Novgorod, llegaron al centro de los porteos (transbordos), al oeste de Moscú y de allí alcanzaron las fuentes del Dnieper y del Volga, cruzando en sus rojas embarcaciones con cabezas de dragones. Después, se les vió pasar frente a las colonias eslavas, rumbo a la fértil estepa. Por el porteo del Don al Volga consiguieron llegar al Caspio, el caliente mar del sur. Luego, en el poema de Igor, leemos, "que las rubias doncellas de los godos cantaban en la ribera del mar azul, cargado de oro ruso". De este largo y prodigioso viaje nació la leyenda de Rurik (el príncipe legendario de los eslavos).

Estos Rus eran conocidos en occidente como vikingos o pueblo de los fiordos, que moraban en las brumosas ensenadas, bajo el fuego de las auroras boreales. En sus barcos veleros llegaron a las islas de la Tierra del Hielo y de la Tierra Verde. Alcanzaron el Mediterráneo, las islas de los bárbaros bretones y algunos formaron la Guardia Verangia de los emperadores de Vizancio. Hábiles, prácticos y astutos, traficaban y se enriquecían con el botín de sus audaces correrías por mares y tierras lejanos.

* * *

Hacia 1200 el pueblo de Rusia había ido creciendo distinto a toda entidad humana europea. Nunca antes el destino de una colectividad había sido más incierto. Los rusos se adentraron en la historia sin caudillos y sin un vínculo nacional que los uniese. Hundidos en los bosques y estepas que ellos mismos imaginaron límites en un comienzo, desaparecieron, por así decirlo, del mundo de los europeos. Por mucho tiempo, entregados a la contemplación de un medio tan extraño y empeñados en una lucha silenciosa y apartada, no supieron jamás de relaciones con los demás hombres de occidente. Sería necesario el transcurso de varios siglos para que su mente reconcentrada, cautelosa y tímida les hiciera pensar de otra manera. Posiblemente esto influía para que a diferencia de otros seres, pensarán más bien de dónde venían y no hacía dónde iban, y a cuidarse más de las consecuencias, que a procurar el medio de evitarlas. Así señala V. C. Kliuchevsky, quizás el más aventajado historiador ruso sobre aquella época, y quien afirma además, con sobrada razón, que el pueblo ruso ha sido formado, más que ningún otro, por su medio.

Pese a su cristianismo, se mantuvo tan lejos de sus ritos, que muchos no vacilaron en llamarlo pagano. Y aun cuando en el inmenso océano de llanuras y estepas aparecen, según la Crónica, nombres de localidades como Smolensk, Susdal, Riazán y Chernigov, las condiciones naturales siempre impulsaron a los rusos a vivir en aldeas pequeñas y aisladas. Pero estas condiciones, tan peculiares, no podrían evitar que en otras regiones prosperaran zonas feudales y que en algún tiempo florecieran culturas como la de Kiev, a orillas del Dnieper.

Sin separarnos de la Crónica, leemos otra vez en el poema de Igor: "Y entonces, de pronto, surgió una mala época... Los príncipes se aniquilaban entre sí, en vez de luchar contra los paganos. Porque el hermano le decía al hermano, éste es mío y aquello otro también. Y los príncipes disputaban mucho por poca cosa: esto es grande y querellaban entre sí, de manera que los paganos avanzaban por todas partes, en las tierras del Rus".

Así, a comienzos de 1237, los mogoles penetraron hacia oriente galopando a lo largo de las llanuras, conducidos por Subunday-Bagatur y Dzebhe-Noion, los dos grandes generales de Gengis Kan. Con ellos la destrucción, la ruina y la desgracia se abatieron sobre las tierras del Rus. Aldeas y ciudades fueron arrasadas. Muchos príncipes hallaron la muerte y sobre los escombros de las ciudades galopaban los correos del joven Batu-Kan, nieto de Gengis Kan. Sólo Moscú sobrevivió a la avalancha mogólica, porque sus príncipes escaparon antes de la catástrofe y la ciudad indefensa y mal construida no llamó la atención de los invasores. No debe pasarse por alto que antes de iniciar su acometida los mogoles ofrecieron generosas condiciones de sumisión a estas comunidades, exigiendo según la Crónica de Novgorod, "la décima parte de todo: la décima parte de nobles y campesinos, de caballos y bienes". Pero la tajante respuesta de los príncipes, "sólo cuando ninguno de nosotros esté con vida, será vuestro todo", provocó la tormenta. Refiriéndose a Moscú la Crónica nos dice: "Y los hombres huyeron sin haber visto nada". La oleada invasora se dirigió a occidente una vez que arrollaron al Rus de Kiev, empujando a los búlgaros y betchenakas hacia la meseta balcánica. Semidespobladas quedaron Silesia, Moravia, y la llanura húngara.

En el norte también acechaba el peligro a lo largo del Báltico. Dos organizaciones que surgieron en occidente como con-

secuencia de las Cruzadas, la Liga Hanseática y los Caballeros Teutónicos, se movían cautelosamente como punta de lanza del desplazamiento germánico hacia el este. Los primeros constituían un severo monopolio comercial fuertemente armado, al par que los segundos, cuerpo militar de selección, fundaban Comandancias fortificadas de Marienburg a Konisberg, preparando la irrupción germánica, sueño que habrían de proseguir sus estadistas y geopolíticos incansablemente hasta enfrentar de por siempre en una lucha a muerte los dos grandes movimientos de expansión europea, el pangermanismo y el paneslavismo.

Ya entonces pudo medirse lo que cuentan en el alma rusa su fe en el destino y su acendrada convicción religiosa, que la respaldarían contra sus más peligrosos adversarios de todos los tiempos, a partir de ese momento crucial en la historia de los pueblos eslavos. Las gentes de Novgorod, que se salvaron del pillaje mogólico, gracias a sus pantanos y a las lluvias continuas en ciertas épocas del año, lucharon contra esta nueva amenaza e hicieron retroceder a los contingentes suecos hasta la brumosa boca del Neva y quebrantaron para siempre la fuerza de los Caballeros Teutónicos, en los hielos que cierran el Lago Peipus, lugar éste donde los ejércitos alemanes conseguirían un tremendo desquite en la Primera Guerra Mundial, varios siglos después. En aquel lejano entonces se hizo famoso el príncipe Alejandro Nevsky, héroe casi legendario de los rusos. Los cronistas consignaron a raíz de este encuentro cerca del Lago Peipus, entre eslavos y germanos, que el hielo se hallaba oculto por la sangre, pero que vieron la barca fantasma de sus santos héroes, Boris y Glebe, que vinieron en su ayuda.

Los sucesos del norte no podían, sin embargo, influir en el devenir del pueblo ruso después de la invasión de los tártaros, como designan los cronistas a los mogoles. Pero, con todo, los inescrutables designios de la historia harían que la administración de éstos últimos contribuyera a mantener por algún tiempo a los inquietos rusos dentro de las comunidades, obligándolos a permanecer y trabajar en sus campos y talleres, uniéndolos a la tierra. Todo hacía presumir que la inevitable mezcla de pueblos en la llanura rusa culminaría con la creación de un estado ruso-mogol, pero nada de ello pudo acontecer por virtud del espíritu ruso. En realidad, lo que sucedió fue más asombroso.

Las gentes del común, la nobleza y el clero, empobrecidos por la guerra, sin caudillos, sin vínculos nacionales e impoten-

tes para resistir militarmente, se mantuvieron unidos como pueblo, identificados por la religión ortodoxa y amando la tierra que cultivaban. Resistieron con profunda abnegación las adversidades y lograron sobrevivir, inevitablemente sometidos a influencias, no sólo mogólicas, sino asiáticas, de las cuales no conseguirían librarse totalmente. Dos siglos, sin interrupción, debieron soportar el dominio extranjero, cada vez más débil, bajo el tutelaje y la acción humillante de los recaudadores de tributos, viendo como a lo largo del Dnieper se estableció un corredor de tierra devastada de norte a sur, cruzado continuamente por las potencias asiáticas y europeas en sus correrías.

Por primera vez los obstinados rusos hubieron de inclinarse ante un extraño. Muchos perecieron, pero en su mayoría se doblegaron ante el poder incontrastable de los guerreros asiáticos. Entre ellos, Alejandro Nevsky, el vencedor de los suecos en el río Neva y de los Caballeros Teutónicos en las regiones heladas del Lago Peipus, comprendió la inutilidad de resistirse a las órdenes de los mogoles. Hasta el hijo del gran caudillo se reveló públicamente contra su padre "que ponía a los hombres libres las cadenas de la esclavitud". Pero doblegándose, Alejandro supo granjearse la voluntad de los tártaros, en especial de Batú, a quien su pueblo apodaba Sain-Kan (El espléndido). Su corte móvil, de grandes pabellones, brillaba como el oro en la llanura y sus órdenes eran obedecidas desde los bosques del norte a las alturas del Cáucaso; desde el mar de Aral y los rojos desiertos de las inmediaciones de Samarcanda, hasta el río Irtich, en el centro del Asia.

Durante el primer siglo y medio de paz mogólica, Moscú no experimentó las vicisitudes de los demás centros poblados, que osaron hacer frente al invasor y siguieron testimoniando su oposición por medios distintos a la guerra, lo que hizo redoblar la dureza y las medidas coercitivas de las autoridades. Moscú, en su plan de obediencia y vasallaje, pudo continuar progresando aunque muy lentamente. Alejandro Nevsky, quien no vaciló en inclinarse hasta el suelo en presencia del Kan Batú, recibió de éste testimonios de aprecio y distinciones que fueron elevando su importancia ante los demás príncipes, aun cuando su cultura y conocimientos eran inferiores a los de Batú, que en esta confrontación era el civilizado frente al inculto.

* * *

En los rusos de entonces persistía siempre la llamada del este, la atracción de la estepa. Así, en la medida que se iba disminuyendo o relajando la autoridad mogólica, escapaban en grupos, desertaban de los puestos militares y se internaban en la llanura, rondaban por los desiertos y evitaban las ciudades. Su actitud era favorecida por los religiosos de los monasterios, que siempre fueron respetados por los mogoles. Los fugitivos engrosaron el personal de estos establecimientos, cooperaron en toda clase de trabajos y dieron apariencia de fortalezas a estas macizas construcciones de troncos de árboles. Monjes y campesinos abrían claros en los bosques, quemaban la maleza, araban, construían y plantaban en estos nuevos centros de aislamiento. Les atraía el retiro del cinturón de los bosques al norte del insignificante Moscú. Se fue formando así un extraño mundo de ermitaños, granjeros sin granja, campesinos convertidos en cazadores, niños que habían perdido a sus padres, boyardos privados de tierras y fugitivos de la justicia. Eran como una masa incoada, guiada por un instinto poderoso, sin caudillos ni autoridades, pero con la guía espiritual de los monasterios.

Los astutos y obedientes príncipes moscovitas atesoraban monedas tártaras e intrigaban ante los khanes de Sarai. Uno de ellos, que también se llamaba Yuri, contrajo matrimonio con la hermana de un Kan de turno y volvió a Moscú con un certificado tártaro que lo acreditaba como "Gran Príncipe" de todas las tierras del Rus. Los demás príncipes protestaron pero los moscovitas con el apoyo mogol lograron imponerse. El primer Iván, apellidado Kalita (Juan Talega), discutía con los mendigos por unas monedas en la Puerta de los Pinos, pero dotaba a los monasterios con un sentido de cálculo y de aprovechamiento para sus fines de mando. Dictó las primeras normas de gobierno, por medio de la Ley del Hacendado, adoptándola a su capricho con base en una vieja ley bizantina, con el consentimiento del gobierno de Sarai. Rescató a los cautivos que se hallaban en poder de la Horda Dorada para que trabajasen sus tierras. Y con su astucia habitual sugirió a los mogoles que despidieran a los recaudadores persas y armenios, expediente que le valió ser nombrado Gran Recaudador del Kan. Los suyos, pese a las burlas y al odio de los demás rusos, continuaron sirviendo como Tesoreros y evitando las guerras con el apoyo tártaro.

Entre los palacios del Kremlin, uno de madera estaba reservado únicamente para servir a los embajadores de los kanes,

a quienes los príncipes de Moscú salían a encontrar a pie para tomar las riendas de los caballos y ofrecerles banquetes, todo dentro del ceremonial de Sarai. La ciudad de Moscú, pues ya comenzaba a ser ciudad, se parecía a La Sarai de los tártaros. A medida que sus príncipes alimentaban la confianza de esta última, iban recibiendo distinciones y beneficios que se traducían en el monopolio de la fabricación de licores; en un gobierno a través de departamentos, como el de sus conquistadores; en sistemas de postas y en nuevas leyes para reemplazar la vieja "Russkaya Pravda".

Ya para mediados del siglo XIV Moscú se había convertido en centro religioso con la llegada de los metropolitanos de otras ciudades rusas. Así la ciudad crecía junto al río hábilmente dirigida por gobernantes con espíritu de contadores, que medían la riqueza con abrigos de pieles, candelabros de plata, fuentes de oro y ganados. Fue entonces cuando el dominio mogol, que ellos con su habitual perspicacia veían decrecer lentamente, se derrumbó del todo.

Por doquier bruscos cambios calidóscopicos iban liquidando el dominio mogólico. En la lejana Catay, los chinos, mestizados con otros pueblos, adquirieron la capacidad bélica suficiente para expulsar a los descendientes de Gengis Kan; en otras regiones, bárbaros grupos del interior empujaban a los mogoles hacia los pantanos y zonas heladas donde en una época se habían refugiado sus antepasados; hordas desconocidas a los moscovitas presionaban a la Horda de Oro, que se venía desviando bajo su influjo hacia el sur, hacia las praderas de más allá del Don, por donde pasaba la gran ruta de caravanas que iba del Asia Central a los Balcanes.

Los moscovitas, que todavía vacilaban entre la obediencia o una autonomía de la que ya comenzaban a disfrutar las demás regiones ante el colapso de la Horda de Oro, optó por no pagar más tributos a Sarai, pero se abstuvo de recurrir a las armas, para no correr la suerte de Riazán, que hubo de rendirse a un cuerpo de ejército integrado por mogoles y lituanos, bajo el mando del kan Mamai.

Pero los acontecimientos adquirieron de pronto magnitudes inesperadas ante la aproximación de un ejército mogol que se encaminó hacia Moscú en el verano de 1380, en represalia porque ésta había suspendido el pago del tributo. El joven prin-

cipe Dimitri, dando muestras de obstinación y voluntad de lucha, apartándose de la política de sus predecesores, movilizó un ejército con el apoyo de las ciudades del norte, invocó la bendición del metropolitano del monasterio de Troitsko y tomó posiciones a la espera del adversario en el "Campo de Kulikovo". Parece, pues la reseña histórica es un tanto vaga y oscura, que los moscovitas pasaron al ataque siguiendo las tácticas del adversario, y que mantuvieron el campo, pese a las severas pérdidas que sufrieron en el encuentro. Pero su triunfo se evidencia en el hecho de que la Crónica hace referencia al saqueo que realizaron los rusos del campamento enemigo, abandonado por éste en su retirada. Por primera vez se había quebrado el mito de la invencibilidad mogólica en tierras del Rus. Así se disipó la pesadilla de siglo y medio de sujeción, lo que impulsó a los irresolutos boyardos a exclamar después de la noticia: "Somos más desgraciados que nuestros padres, que no ganaron ninguna victoria sobre los tártaros". De su propio bolsillo el príncipe Dimitri costó el entierro de los veinticuatro mil hombres muertos por su contrincante en el "Campo de Kulikovo". Sin embargo, los mogoles retornaron bien pronto a Moscú, lo tomaron al asalto y lo hicieron pasto de las llamas y del saqueo, en tales proporciones, que los hijos del príncipe Dimitri se presentaron con las manos vacías al campamento enemigo, para manifestar que en la ciudad no quedaba nada con que pagar el tributo.

Pero el flujo del tiempo trajo consigo acontecimientos inesperados con la aparición de un guerrero de condiciones militares tan brillantes y decisorias, no obstante que se movió en un mundo de guerreros y conductores por tradición, que lo que antes existía se desvaneció en un calidoscopio de ruinas sobre el cual se elevó el Imperio de Tamerlán, para languidecer doce años después, una vez que paralizó la acción de los turcos del Asia Menor, quebrantó definitivamente el poder de la Horda Dorada y reunió en Samarcanda, la Bella, las riquezas y despojos de un oriente pisoteado por sus caballos.

Moscú, ya reedificada por sus obstinados habitantes, se salvó de Tamerlán y pudo respirar a sus anchas, después de la dispersión de la Horda Dorada, en la inmensidad de las estepas.

Los nuevos eslabones de la historia de occidente entraron a formar la cadena de otras fuerzas que surgieron del caos en las fecundas tierras de la creciente Europa. En torno a Rusia

comenzaron a surgir formidables ejércitos que alteraron el equilibrio del poder y trajeron otros contendientes que los rusos no podían enfrentar. Moscú no poseía un solo aliado para oponerse a tales enemigos. Carecía además de una fuerza visible en que confiar. Sin embargo, dos acontecimientos influyeron decisivamente en el destino del principado. Los kanatos tártaros se disgregaron definitivamente y los ejércitos turcos tomaron Constantinopla, con lo cual la iglesia de oriente trasladó su jefatura a Moscú, que así vino a colmar el vacío que dejó la otrora rutilante Sarai.

Simultáneamente con los nuevos acontecimientos proseguía la emigración hacia el este, para escapar a los enemigos tradicionales de la masa popular: la esclavitud tártara y los recaudadores de impuestos. Las familias llenaban los trineos con sus escasos bienes y avanzaban por los bosques, donde el tilo iba cediendo el paso a los abetos del norte. Remontaban los arroyos en canoas impulsadas a remolque; descendían por los ríos y se establecían en las nuevas tierras, más allá del Volga. Otros iban hacia el nordeste y se mezclaban con los cazadores fineses de ancho rostro y con los búlgaros de cabeza rapada.

Una vez establecidos, recordando su origen y tradiciones se ponían bajo la custodia de Moscú, que les enviaba gobernadores moscovitas, con sus escoltas de soldados. Su avance los llevó hasta los bosques del lejano norte que les abrió los caminos de Siberia. En la medida que se abrían nuevos paisajes y los bosques y las llanuras iban acusando cambios, en Moscú también los príncipes revelaban una nueva concepción de la política y del estado, dentro de los moldes inalterables de un despotismo eurasiático. Uno de ellos, Iván, un hombre enjuto e irritable, con dotes excepcionales de intrigante maquiavélico, concibió la idea de liquidar el poder de los boyardos y reducir a simples provincias los principados autónomos, donde dominaban los gremios y facciones políticas. Con refinada crueldad y dentro de un plan de acción friamente calculado, fue incorporando a Moscú los demás estados uno a uno, comenzando por Novgorod a cuyos habitantes tildó de paganos.

Consolidada la unión a costa de muchas vidas, este Iván a quien la historia acompañaría con el epíteto de "el terrible", volvió sus ojos hacia Kasán el último reducto mogólico y lo tomó por asalto, después de un prolongado asedio, en que la artillería

y los asesores europeos dieron cuenta de los anticuados armamentos asiáticos. Con la incorporación de la zona del Volga se suscitó a lo largo de aquel río, enorme y ondulante, una emigración del norte de la cuenca del Kama y de los espesos bosques de abetos, que semejava una inundación humana, en busca de tierras vírgenes para el trigo y el ganado. Tras ellos emprendieron también su marcha los piratas del río para organizar su comercio, en el recodo del Volga, donde comenzaron a elevarse los muros de Samara.

Con la anexión de Novgorod los moscovitas se hicieron dueños de la región de las pieles, una vez que alcanzaron las riberas del Artico y entraron en contacto, en una proyección histórica que comportaría consecuencias trascendentales en lo futuro, con suecos, livonios y estonios de la costa báltica. Sus pequeños ejércitos de exploración desaparecían por algún tiempo en el espeso cinturón de bosques e iban rodeando cautelosamente las ciudades tártaras del Volga. A medida que iban desplazándose, dentro de un objetivo siempre en busca de expansión, descubrían cosas y gentes extrañas que poblaban un mundo ignorado hasta entonces; monasterios fortificados con troncos de árboles en los valles del Dvina; más allá, en el Mar Helado, en la isla de los Pájaros se alzaba Soloventzky, un monasterio donde los monjes soportaban la larga noche invernal y colonias de hombres que despertaban de la soledad y el aislamiento, con la presencia de los exploradores. Esta gran aventura hacia el este encontraría su opuesta en la que emprenderían los estadinenses hacia el lejano oeste.

Cuando ésto ocurría, veía la luz en Nuremberg la enorme "Crónica Mundial", en la que aparecía el Báltico con el nombre de Mar Germano y en el extremo del mapa, esparcidos los nombres de Moscovia y Nogradium, con tres Rusias dispersas en torno a ellos.

Mientras tanto, en Iván el Terrible flotaba como en un sueño el recuerdo de los hijos de Rurik y del mar que había sido "nuestro mar y de otro mar que había sido el mar de los Varegos", y con ellos, el dominio mundial de los kanes tártaros. Como él, esta herencia visionaria la compartían los patriarcas de la iglesia, que la interpretaban como la voluntad divina. E Iván, que sólo era príncipe, soñaba también con la diadema imperial. En pos de su sueño hizo venir de Roma a Sofía Paléologo, que

como sobrina del último emperador de Constantinopla, se había refugiado en la Ciudad Santa, para hacerla su esposa. Ella, nacida para la púrpura imperial, trajo consigo maestros y sacerdotes griegos, amén de otros libros, también griegos.

Con su fantástica imaginación resolvió alejar de su memoria la urticante visión de un pasado, cuando sus abuelos de pie, llevando una copa llena de leche de yegua, saludaban humildemente a los emisarios de la Horda de Oro o besaban el estribo de algún kan visitante. Para liquidar tan penoso recuerdo hizo derribar el palacio de madera que se levantaba en el interior del Kremlin, para alojamiento de los representantes de la Horda. Así, fue desprendiendo y alejando de su vista todas las cosas que traían a su memoria el humillante pasado. Acaso intuía el código de caballería de los anglosajones y germanos, que habrían de implantar algún día los que habrían de continuar su ascenso, hasta alcanzar el rango de las otras cortes de occidente.

En prosecución de su objetivo dejó que sus asesores italianos, que tanto habían contribuido a cambiar la imagen del pasado, circundaran el Kremlin de murallas defensivas, de forma, proporciones y capacidad nunca antes alcanzadas en el viejo Rus. Ellos forjaron enormes cañones de hierro y de cobre y grandes campanas de bronce para las catedrales, que el pueblo se deleitaría escuchando desde muy lejos. Más tarde, las torres que habrían de envejecer como las recias murallas, se alzarían en forma de campanarios italianos, menos la más famosa de todas, sobre la puerta de Borovitsky, copia de la Sumbeka, la gran torre tártara de Kasán.

También el horizonte se ensanchaba en todas direcciones en torno a Iván. Pero en este mundo extraño, de grandes contrastes, algo que quizás fuera una jugada del destino eslavo, influyó para cambiar la dirección de la fuerza armada de Moscú, hacia el noroeste y el mar Báltico, en vez de la ruta sudeste del mar Negro. En la primera los caminos estaban cerrados a los moscovitas por puestos militares e instalaciones comerciales suecas, en torno al lago Ladoga; poloneses, lituanos, livonios y Caballeros de la Espada, interceptaban los caminos en torno a Riga y Pskov. Todos ellos no obstante que guerreaban unos con otros, coincidían en cerrar el paso a los moscovitas hacia el mar Báltico.

El poder militar de Moscú se había venido desarrollando con las derrotas y las experiencias. Lenta y penosamente for-

mado, el nuevo ejército se estaba convirtiendo en una fuerza combativa, pero Iván no se olvidaba que en Kasán el éxito alcanzado se debió a la artillería y no al ejército. Para perfeccionarla alimentó sus filas con brandemburgueses, turcos, vagabundos y soldados de fortuna. Organizó asimismo la caballería ligera con cosacos y morduinicos amigos. El campesino, que hasta entonces no había revelado grandes dotes militares, no fue requerido y continuó produciendo en los campos de los boyardos, cuyos impuestos fueron subiendo progresivamente para sostener el nuevo ejército, que terminó por acabar con el antiguo orden o desorden feudal. Surgieron a través del sistema una clase militar y una clase campesina, atada al suelo.

Mientras estos éxitos apuntaban hacia la modernización del estado, la mano de hierro de Iván se abatía sobre las clases adineradas y el terror alcanzaba a sus componentes cuando éstos menos lo esperaban. Su violencia temperamental llegó a ser proverbial y su misma familia, en especial su único heredero, fueron víctimas de arrebatos inexplicables. Pero el pueblo lo rodeaba con esa especie de fatalismo ruso, que no obstante sus crímenes, creía en su destino providencial. Ello explica que los cosacos, cuya composición inicial se debió a las legiones de perseguidos que escaparon huyendo de los recaudadores y de la persecución oficial, le ofrecieron graciosamente las tierras conquistadas en Siberia y le enviaran como obsequio un convoy de carros llenos de pieles, oro y piedras preciosas. Pero él no alcanzó a recibir tamaño obsequio. Murió a los cincuenta y cuatro años y con su muerte desapareció uno de los personajes más singulares de la historia de esos tiempos. De gran inteligencia, y pese a lo que afirman varios historiadores, jamás estuvo loco y nadie que haya experimentado tanto miedo en muchas oportunidades, demostró tan completo valor en circunstancias cruciales para su destino y el del pueblo ruso. Su nombre se convirtió en héroe de las baladas populares (bylini), asociado al del cosaco Irmak, el hijo del Don y Jefe de los cosacos del Volga. Este Irmak Timofeivitch, hijo bastardo de un cosaco y de una esclava danesa, se agiganta con la relación de sus extraordinarias aventuras y realizaciones más allá de los Urales, hasta el corazón de Siberia, donde combatió con gentes belicosas y casi desconocidas para los europeos, hasta lograr una gigantesca conquista para su padrecito el zar de todas las Rusias. Largo y prolijo sería relatar su extraordinaria aventura, pero como éste

no es el objeto de nuestro itinerario por las tierras del Rus, nos concretamos, ya casi para terminar, a ocuparnos de otras dos relevantes personalidades que llenaron la historia de su tiempo y complementaron la expansión colonial más vasta de todas cuantas se han emprendido: Pedro el Grande y Catalina la Grande.

Pero mientras ellos llegan, los moscovitas pasan por las alternativas y circunstancias más extraordinarias, que ponen a prueba la voluntad de un pueblo, la fe en su destino y la convicción en sus propios valores. Una serie de gobernantes incapaces e ineptos dan lugar a que el caos y el desconcierto se enseñoreen por todas partes y que los enemigos tradicionales incursionen impunemente en las fronteras. Así, los cosacos que habían constituido las fuerzas de choque y el brazo armado de la colonización, se alzaron también, no contra el zar ni contra la sagrada Moscú, sino contra los gobernantes regionales, los recaudadores de impuestos y los expoliadores. Otro personaje legendario, que habría de unir su nombre a los del zar Iván y el cosaco Irmak, otro hijo del Don, Stenka Razin, acaudilló un movimiento popular, que incluyó entre sus adversarios a los grandes propietarios y terratenientes y a las guarniciones de Stretl'si. Contra todos ellos alzó las tribus tártaras, los vagabundos desnudos, los campesinos, los pequeños mercaderes y los barqueros del Volga. Pero con ejército tan eterogéneo no pudo vencer a las fuerzas del gobierno y terminó por caer en poder de las autoridades. La Crónica, citada por varios historiadores, relata el fin de tan sugestivo personaje: "En la gran plaza inmediata al Kremlin, millares de personas presenciaron como Stenka Razin iba a su ejecución, en un carro tirado por seis bueyes negros. Llevaba en la mano un cirio encendido y escuchaba la música que tocaban. Como último favor pidió fumar dos pipas. Su cuerpo fue quemado durante tres días y las cenizas rociadas con agua bendita para exorcizar a los malos espíritus". Así terminó Stenka Razin y con él, el último movimiento de grandes proporciones contra el imperio.

Este imperio, gracias a los cosacos y a la iniciativa popular había crecido tanto que llegó a ocupar en su gran avance la frontera hasta el mar oriental. Pero allí no se detendría el impulso, sino que proseguiría cruzando una barrera de agua hasta la Península de Kanchatka y el extremo occidental de las Islas Aleutianas. Su irrefrenable impulso los llevaría también

a Alaska y sus exploradores alcanzarían por el sur hasta California. Su instinto de país mediterráneo los impulsaba a buscar el dominio de las desembocaduras de los ríos y los puertos que les dieran acceso al insondable Pacífico, a las aguas libres de hielos y a las tierras cálidas.

Cuando se piensa o se medita un tanto en la formación de algunos estados como Esparta e Israel en la antigüedad, y en Rusia y Prusia en períodos más avanzados, debemos admitir la teoría de que las precarias condiciones del medio físico y sus escasas posibilidades frente a vecinos más poderosos, promueven la superación y el espíritu de expansión. No es del caso traer a colación otros pueblos, como el griego, por no ser éste el propósito de nuestro trabajo. Vale por lo tanto sólo consignar los nombres de algunos gobernantes como Federico de Prusia y de Pedro I, el Grande, Zar de Rusia (1682 a 1725).

Cupo al segundo desarrollar una lucha sin cuartel contra las supersticiones y las costumbres, en ocasiones feroces de los moscovitas. Fue su destino presidir un trozo de historia que conmovió hondamente la conciencia de su pueblo y que causó además la admiración y el pasmo de los países europeos de entonces y de los estudiosos de hoy, amantes de la historia. Para combatir las dos tendencias expresadas, (superstición y costumbres), debió recurrir Pedro a las artes y las ciencias de occidente. Recorrió Europa de incógnito y otras veces con séquito. Se empleó como carpintero en Holanda, en sus arsenales, para aprender el arte de la construcción naval; organizó a su regreso una administración y una nobleza oficiales; perfeccionó el ejército que le habían legado sus antecesores; se hizo reconocer como jefe supremo de la iglesia rusa; se enfrentó al genio militar de Carlos XII de Suecia, hasta lograr vencerlo en la decisiva jornada de Poltava en 1709; regresó de Europa occidentalizado, para ciertos efectos; tuvo expresiones que se convirtieron en parte de la historia, como aquella que pronunció en París frente a la estatua de Richelieu: "Daría la mitad de mi reino a un hombre como tu para aprender a gobernar la otra mitad". No vaciló en hacer privar de la vida a su hijo, por conspirar y oponerse a sus planes de modernización de Rusia. Erigió, casi contrariando las leyes naturales, la hermosa ciudad de San Petersburgo (hoy Leningrado), en la desembocadura del Neva, para alcanzar el Báltico, empleando muchos millares de hombres

que sucumbían entre el hielo fangoso, pero que reemplazaba con otros arrancados de los campos y de las prisiones, con cautivos de guerra o con presos políticos. A la muerte de este gran príncipe, Rusia había alcanzado el grado de gran potencia europea, mereciendo por los éxitos realizados la admiración de sus contemporáneos, quienes reconocieron sus grandes dotes de organizador, su voluntad indomable y su gran visión del futuro histórico, pese a sus crueldades, su despotismo y sus vicios.

Otro personaje que llenó ampliamente la historia de su tiempo y quien no siendo ruso de nacimiento, está catalogado sin embargo como una de las personalidades más extraordinarias de ese inmenso país, y que justamente por esto fue llamada la Semíramis del Norte, reinó por muerte de su esposo Pedro III, de 1762 a 1796. Contribuyó como Pedro I el Grande, a ensanchar las fronteras del imperio, al progreso cultural, al desarrollo de los inmensos recursos naturales de Rusia, a la introducción de técnicas en las ciencias y en las artes, al poderío militar en una serie de guerras afortunadas y al crecimiento del intercambio de productos con las demás potencias de Europa. A su muerte, los rusos habían alcanzado el Pacífico y eran totalmente dueños de la extensa Siberia. Voltaire fue uno de los que contribuyeron a darle el título de Catalina, la Grande.

* * *

Ciertos hechos militares tienen la virtud de levantar el prestigio de una nación y despertar sentimientos de admiración, respeto y temor. Tal aconteció con la batalla de Poltava en 1709. Fue a partir de entonces cuando el temor a Rusia, sentimiento hasta aquí desconocido, se hizo visible y activo entre sus vecinos. Todos ellos coincidieron en estimar este hecho como una fuente de peligros contra ellos. En Viena, al saberse la noticia, el barón Urbich, Ministro ruso en esa ciudad, le dijo al filósofo Leibniz: "Las gentes empiezan a temer al zar como antes habían temido a Suecia". A lo cual Leibniz asintió: "Se dice de manera general que el zar será formidable para toda Europa, que será una especie de turco nórdico". Hasta tanto llegó la preocupación de los europeos, que pensaron y debatieron la posibilidad de establecer una alianza de los estados del norte de Europa para oponerse a las nuevas expansiones rusas.

Para alcanzar este éxito, tres de sus gobernantes habían contribuido decisivamente con un plan de occidentalización que abrió las puertas de Rusia a técnicos, científicos y artistas procedentes de Francia, Alemania, Suecia, Inglaterra y los Países Bajos, pero muy especialmente de Italia. Con su concurso se logró un cambio fundamental e irreversible en las relaciones de Rusia con Europa. Su fortaleza militar ejerció una influencia muy importante, tanto directa como indirecta, en los asuntos internacionales. Ejércitos rusos fueron utilizados por algunos estados europeos en sus mutuas contiendas. El emperador Carlos VI alquiló contingentes de tropas mercenarias rusas fogueadas en muchas batallas, para emplearlas en el Rhin contra el ejército francés. Los gobiernos británico y holandés contrataron también contingentes rusos para la defensa de los Países Bajos contra Francia.

El sistema estatal europeo y el equilibrio de poder se alteraron con la espectacular elevación de Rusia después de 1709 y de Prusia después de 1740. Estos acontecimientos implicaron una gran expansión hacia el este del radio de acción geográfica de la diplomacia europea y de la influencia de los problemas de la zona oriental. Por primera vez empezó a comprenderse el grado en que un estado europeo podía fortalecerse económicamente y también políticamente, mediante la posesión de colonias, aun en otros continentes, lo que tenía la particularidad de hacer depender el equilibrio del poder de acontecimientos ocurridos a millares de kilómetros de Europa. Inglaterra, Francia, Holanda, España, Portugal y Rusia se habrían de extender en muchas veces su territorio con los dominios coloniales, productores de materias primas y generadores de mano de obra.

Hoy, a través de las grandes experiencias que han deparado la Primera y Segunda Guerra Mundiales, no podemos menos de advertir que mientras las grandes potencias occidentales hubieron de renunciar al colonialismo, la Unión Soviética, un país eurasiático, gracias a la organización estatal de la Federación Rusa, de las regiones autónomas, de las comarcas nacionales, de los territorios y de las unidades nacionales, en que está dividida políticamente esta inmensa nación, que se extiende a casi todo lo largo del Hemisferio, ha logrado conservar, pese a la prueba de fuego de la última guerra, un territorio de 22.055.000

kilómetros cuadrados, cuya distancia entre su punto geográfico más occidental y el más oriental, es tan grande que constituye once (11) husos horarios. Así, mientras en Moscú se encienden las luces vespertinas, en Chukotka comienza a alumbrar el día. Bañan sus costas doce (12) mares. Su parte occidental está en Europa y la oriental en Asia, y dentro de este dilatado conjunto de doscientos veinticinco (225) millones de habitantes, conviven 177 grupos étnicos que hablan 125 lenguajes y dialectos diferentes. El linaje racial predominante es el de los eslavos que cuentan con ciento cincuenta (150) millones de habitantes, seguido por los turco-tártaros que ascienden a sesenta (60) millones aproximadamente.

Aquí damos por concluida la maravillosa aventura de los eslavos, que lograron a través de las más variadas circunstancias y acontecimientos, predominar hasta hoy sobre los arios en su larga confrontación histórica.